

Domingo XVII del Tiempo Ordinario – Misa por el Perú (27-07-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Ya en Fiestas Patrias, nos hemos apersonado hoy día a la Catedral, unidos a todas las iglesias de Lima, para dar gracias a Dios por nuestra Patria y para orar por ella; para orar por todos los peruanos que vivimos aquí en esta tierra, y por todos aquellos que han migrado y, en diversas partes del mundo, viven la conmoción de los problemas a nivel mundial, y están también entre las personas que, en ciertos pueblos, están teniendo como un desprecio a los migrantes al considerados personas “sobrantes”. Y, por eso, venimos a rezar, porque el Señor, cuando rezamos, nos da su propio Espíritu y el del Padre. Esa es la grandeza de la lectura de hoy día.

La oración es un permanente confiar en Dios, porque Dios es nuestro Padre, es padre o madre, como diría Juan Pablo I, porque es generador de nuestras vidas y nos invita a confiar siempre en Él. Tenemos la maravilla de ser un pueblo creyente que siempre confía y, quizás, por eso, todavía existimos como país.

Si la oración no existiera, de repente ya habríamos desaparecido. Pero el Perú se ha constituido siempre sobre la base de confiar en Dios, porque es muy difícil unir al Perú si es tan diversificado, con tantos pueblos, con tantas culturas, con tantos idiomas; porque no solamente tenemos el quechua, el castellano, el aymara, tenemos cientos de idiomas que están desperdigados por los pueblos de la selva, matices de dialectos diferentes y formas diferentes de hablar y de decir las cosas; porque tenemos, entonces, de acuerdo a cada lugar, a cada particularidad, al espacio que tenemos en nuestro país, el aprender a vivir y sobrevivir en medio de muchas dificultades y crecer con ingenio, con creatividad.

El Padre siempre está atento a estos problemas que tenemos, a esas diversidades, y también a las cosas lindas que tenemos. Alienta las lindas, y nos da su fuerza para poder superar las dificultades y las cosas feas, y hacer posible que todos podamos ser un pueblo hermano.

Por eso, los discípulos, cuando Jesús oraba, veían que había en Él algo nuevo. Le dicen: “*¿Por qué no nos enseñas igual que Juan enseñaba a sus discípulos?*”. Se refiere a Juan Bautista. Y Jesús, que reza con intimidad al Padre y tiene confianza en Él, les enseña el Padre Nuestro que, en la fórmula de Lucas (11,1-13), es mucho más chiquito, pero siempre es lo mismo: decir a Dios “Padre”,

porque Él nos hace hijos a nosotros y somos sus hijos y, por lo tanto, un hijo no desprecia a su padre ni un padre desprecia a su hijo, sino que lo acompaña, lo cultiva, lo alienta, lo hace crecer y lo hace ser fecundo también.

Esta oración íntima de Jesús implica una insistencia. En los dos textos que hemos leído, el de Génesis (18,20-32) sobre Abraham, y el de Jesús ahora, insisten en que nosotros debemos ser siempre algo así como unos “pesados” que estamos siempre pidiendo al Señor todo. Muy importante ser “pesado” en este sentido porque el Señor es nuestro Padre y la confianza permite hacerlo.

Abraham, ya en el Antiguo Testamento, en los inicios del pueblo de Israel, pedía por Sodoma, porque estaba tan entrampada en sus problemas de corrupción que se estaba autodestruyendo. Y Abraham le dice: “Señor si hubieran 40, 45, 50...”, y después va bajando la cantidad: 20, 10. “Y si por lo menos uno hubiera, ¿destruirías la ciudad y matarías al pecador con el santo?, y la respuesta, Yo tendría paciencia”. Y ahí termina el texto, lo cortan ahí. Después sabemos que, por su propio proceso autodestructivo, Sodoma fue destruida, no la destruyó Dios; se entrampó por no escuchar no solamente el llamado del Señor, sino el llamado de la justicia, del bien para los demás.

Eso nos puede pasar a los humanos: que vamos destruyendo nuestro mundo y el Señor quiere más bien que lo hagamos florecer, lo hagamos bello. Y si en un momento se destruye algo muchas veces es porque nos hemos entrampado nosotros. Dios es el que quiere que salgamos de los entrampes y, por lo tanto, que salgamos airosos de los problemas y, sobre todo que, confiando en Él, podamos encontrar nuevos caminos de vida.

Y también aquí se nos ponen los ejemplos del “pesado” ese que va en la noche a decirle a su amigo: “Óyeme, ábreme, porque han venido unos amigos y necesito que me ayuden”. Y, entonces, el otro le dice: “estamos tranquilos, ya he guardado a mis hijos, estamos todos durmiendo, no fastidies”. Entonces, el Señor le dice: “Tengan en cuenta que, inclusive si él insiste, al final, abrirá y le dará el pan que necesita”. Porque si nosotros insistimos, el Señor, como es nuestro Padre, jamás nos dejará de escuchar, jamás dejará de estar atento a nuestras súplicas.

Hoy día, especialmente, tenemos la necesidad urgente de orar por el Perú porque las cosas aparentemente están bien. Tenemos que agradecer a este señor del Banco Central que, por lo menos, ha hecho que el sistema económico funcione de tal manera que la inflación no crezca. Tenemos una inflación mucho menor que Estados Unidos, por si acaso. Eso es muy bueno, pero hay que

hacer más cosas. Tiene que haber muchísima más dedicación de parte de los dirigentes del país a las necesidades de su pueblo.

Han visto, ustedes, estos días cómo la gente en diversas partes ha protestado contra ciertas autoridades porque hay un clamor ante la indiferencia en la cual vivimos, sobre todo, hacia los sectores más postergados. Por eso, insistir una y otra vez al Señor en la oración es también acogernos a su Espíritu, porque Él, de tanto pedir, ya no nos da cosas: nos da el Espíritu mismo de Él. Y darnos el Espíritu es algo muy importante, hermanos, porque significa que el Espíritu del mismo Dios, habitando en nosotros, desarrolla una capacidad creativa impresionante.

Y la hemos tenido en varios momentos de la historia, ¿no es cierto? Hemos salido de muchos entrampamientos y somos una Patria que no se ha estancado. Y, por eso, hoy día, todos tenemos algo más nuevo: todos queremos llamarnos, y nos llamamos, verdaderamente peruanos, seamos de cualquier parte del país, todos estamos impelidos por el Espíritu para decir: ¡Somos peruanos!

Antiguamente, cuando uno iba al extranjero y te encontrabas con un peruano y le preguntabas: ¿de dónde eres?, se escuchan respuestas como: “yo soy de Huancayo”. No se decía “soy peruano”, se decía la

provincia. Está bien, eso es importante. Pero que, perteneciendo todos a un país, nos nombremos por la provincia, quiere decir que todavía no tenemos una conciencia nacional. La conciencia nacional hoy en día ha crecido. ¿Y por qué razón? Porque necesitamos reconocernos como iguales, como hermanos, y reconocer, a su vez, la particularidad de cada uno, su diferencia y su complementación.

Y tener el Espíritu de Dios significa eso: un Dios que nos creó a todos distintos, únicos y, simultáneamente, a todos hijos. Y si somos hijos, somos hermanos; somos hijos del mismo Padre. Y, por eso, las nacionalidades y, luego, la humanidad, necesita reconocer la hermandad como el fundamento de toda la existencia. Por eso, el Santo Padre Francisco nos dejó esa preciosa carta que se llama *Fratelli Tutti*, Hermanos todos.

Hoy día, con fidelidad a la Tradición, a la más importante Tradición de la Iglesia, que es la que perdura a través del Evangelio, el Papa León XIV quiere seguir el mismo camino. Todo Papa tiene su matiz propio, pero todos están unidos en la Tradición con mayúscula, que es la Tradición del Evangelio. Hay “tradiciones” en la Iglesia que pueden hacerse por costumbres. Por ejemplo, una tradición importante, en nuestro caso, es la procesión. En México, por ejemplo, la Virgen no sale en procesión porque no tiene

esa costumbre. Nosotros hemos agregado esa costumbre de sacar al Señor. Dentro de poco, el cuatro de octubre, levantaremos al Señor a nivel mundial. Lo hemos dicho ya. Estamos preparando eso.

Pues bien, a pesar de que es muy importante esa tradición, es siempre una “tradicioncita”. Pero la Tradición, la grande, es la que se entronca directamente con el Evangelio a través del Magisterio de los Papas y de los obispos, porque ahí está todo. Si lo confrontamos directamente con el Evangelio, asumimos una experiencia que es la de Jesús mismo, que nos da su Espíritu. A veces, conocemos más algunas recitaciones de memoria y no vamos a cosas más vitales. También hay que hacer las recitaciones, son buenas costumbres, pero lo más importante es siempre estar ligados a Jesús, porque Él nos da el Espíritu del Padre, porque Él es el que nos ha hecho confianzudos con el Señor.

Yo tengo un amigo que siempre decía: “con confianza, sin vergüenza”, y de paso que te decía “sin vergüenza”. Pero, ahora el Señor no nos dice “sinvergüenzas”, sino que, con confianza, no tengamos vergüenza de estar insiste e insiste, porque de esa insistencia, de esa tenacidad, de esa constancia, nace la posibilidad de recibir más hondamente el Espíritu y, por lo tanto, de aceptar en nuestras vidas lo que el Señor nos da, su mismo don de sí mismo para que

nosotros seamos de Él, y así podamos construir un mundo distinto y, sobre todo un país lindo, que lo hagamos más aún de lo que tenemos ya.

Que Dios los bendiga y las bendiga. Que en esta oración que hacemos por el Perú sigamos creciendo como hermanos, sobre todo, ayudando a que los que nos dirigen se comporten realmente como hermanos que tienen compasión por su pueblo y saben dirigirlo con el corazón.

Bendiciones a todos, y Felices Fiestas Patrias en esta preciosa semana que nos une.